

Cien años de soledad: una nueva fascinación

RAÚL RIVADENEIRA PRADA
Director de la Academia Boliviana de la Lengua

Hace cuatro décadas, la lectura de *Cien años de soledad* suscitaba entre los lectores, especialmente en los veinteañeros, un estallido de exclamaciones: ¡Maravilloso!, ¡extraordinario!, ¡fabuloso!, ¡descomunal!, ¡fantástico!, decíamos a cada encuentro con los insospechados episodios que relatan la vida de Macondo, y en buena medida la mágica historia de América Latina, principalmente del extenso Caribe que llega hasta el Brasil. Del asombro y la exclamación pasamos al reconocimiento de que algo nuevo e inquietante se agitaba en el mundo literario. Un lustro, 1962-1967, fue suficiente para que esa novedad se estableciera firmemente en las letras hispanoamericanas, primero, y en el ámbito mundial, después, con el nombre de “Nueva narrativa latinoamericana”, y dentro de ella “Lo real maravilloso” o “El realismo mágico”, nombres con que se identifica la obra de García Márquez.

La nueva narrativa explotó con estruendo, y por ello fue bautizada con el expresivo nombre de “boom”, palabra inglesa que significa “éxito o auge repentino”. “El boom de la novela hispanoamericana”, un hecho emergente en el corto lapso de cinco años, pero madurado desde mucho tiempo antes, tal vez con las levaduras de José Eustasio Rivera, Horacio Quiroga, Ciro Alegría, Jorge Luis Borges, Miguel Angel Asturias y Juan Rulfo, para citar sólo a los que me parecen ser los más notables precursores del boom, sin dejar de mencionar en esta maduración otras notables influencias, entre ellas la de William Faulkner. En el ya mencionado lustro se instalan en las vitrinas y estantes de las grandes y pequeñas librerías, y pasan de mano en mano en las reuniones de amigos y cenáculos literarios, de forma sucesiva, *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier, y *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes; *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa, y *Rayuela*, de Julio Cortázar; *Juntacadáveres*, de Juan Carlos Onetti, y *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante; *Paradiso*, de José Lezama Lima y... *Cien años de soledad*, de la que Claudio Guillén dice: “Es una invención sincrética que supone la existencia de un buen número de géneros literarios previos –la poesía épica, *Las mil y una noches*, el libro de caballerías, la crónica del explorador o el descubridor, el cuento oral o *novella*, el costumbrismo del siglo XIX, incluida la novela de aventuras, la poesía simbolista o postsimbolista– como asimismo de antiguos mitos bíblicos y grecolatinos”.

Una nueva fascinación

Cien años de soledad provoca una atracción irresistible, una nueva fascinación, porque hechos fascinantes, literariamente relatados, vienen de lejos, por ejemplo, con las aventuras de Odiseo en la isla de los cíclopes gigantes, o en el reino de la hechicera Circe. Siguen, si damos grandes saltos, en las hazañas de don Quijote:

- ¿Qué gigantes? –dijo Sancho Panza.
- Aquellos que allí ves –respondió su amo – de los brazos largos que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela registra hechos prodigiosos en sus *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, desde las fabulosas riquezas que siempre enajenaron la mente humana hasta historias de ánimas en pena, demonios, condenados y gigantes:

Se asomó a la ventana una de las señoras y volviendo adentro toda asombrada dijo: ¡Jesús! ¡Jesús! Sabed que viene un gigante muy grande con una espada y que parece de fuego, en la mano, y tras él viene un río de agua”. La aclaración de que era un río de agua no es casual, si leemos esta otra cita: Corrió un arroyo de sangre, mezclada con la de los indios, por espacio de doce cuabras, sumiéndose en la tierra por donde pasaba.

Es antigua la fascinación que produce Jonathan Swift con los viajes de Gulliver por los países de Lilibut y Brobdingnag, transportando a los lectores del siglo XVIII al mundo de los *laputianos*, una isla que flota en el aire, que sube y baja, y se mueve de lado a lado porque gobierna sus movimientos y su quietud un gigantesco imán. En otra isla, habitan los *struldbrugs*, condenados a vivir eternamente, como en el mito de Sísifo; identificados por una mancha circular en la frente, como los marcados con ceniza en Macondo. Vayamos un poco más adelante, al encuentro con *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll donde los animales y las cosas hablan, deciden y actúan de la manera más insólita.

Al despertar Gregorio Samsa, una mañana, tras un sueño intranquilo, encontré en su cama convertido en un monstruoso insecto.

Así comienza la novela *La metamorfosis*, de Franz Kafka, párrafo inicial que a García Márquez le causó una profunda impresión y le abrió el camino de su vida literaria. Ha dicho y repetido muchas veces el escritor colombiano: “Cuando yo leí a los diecisiete años *La metamorfosis*, descubrí que iba a ser escritor”.

¿Por qué la escritura de García Márquez provoca una nueva fascinación? Porque es una forma inédita de narrar lo real maravilloso, lo mágico, lo insólito, lo extraordinario. Relata los hechos modo convincente, empleando recursos que comprometen al lector en la aceptación de que son sucesos reales, pero no de una realidad cualquiera sino del ámbito caribeño, y por extensión del mundo latinoamericano, donde todo es o parece descomunal: la geografía, las pasiones humanas, la grandeza y la miseria; donde todo es posible y constante: la magia, el mito, la cifra del destino ineluctable, con caracteres propios, a veces únicos. Nuestro continente es enorme, ilimitado es el Ande, como dicen estos versos de Franz Tamayo:

Es esta, oh Psiquis, la montaña ingente;
De aquí se mira la llanura inmensa,
Horizontes que siguen a horizontes,
Lontananzas detrás de lontananzas.

Lo real maravilloso

García Márquez consigue poner lo maravilloso en un plano de cotidianidad, con aspecto de hecho verídico. Y nos lleva de la mano por los mágicos caminos de Macondo, haciéndonos sentir no un observador distante, sino parte de ese universo. Este el compromiso que de sus lectores arranca el autor, con casi todas sus obras

Cien años de soledad comienza relatando, entre otros hechos asombrosos, la llegada a Macondo del hielo y el gigantesco imán que Melquíades

fue de casa en casa arrastrando... y todo el mundo se espantó al ver que los calderos, las pailas, las tenazas y los anafes se caían de su sitio, y las maderas crujían por la desesperación de los clavos y los tornillos tratando de desclavarse y aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo por donde más se les había buscado, y se arrastraban en desbandada turbulenta detrás de los fierros mágicos de Melquíades.

Esta misma escena, varias veces mostrada en forma de dibujos animados por las productoras de Hollywood, se queda grabada como la idea de una fantasía destinada a proporcionar sólo un momento de esparcimiento, y nada más. En cambio, del relato de García Márquez queda el consentimiento de verosimilitud, máxime si son personajes de carne y hueso quienes concurren al acto, y el acto mismo es creíble sabiendo que el imán ejerce fuerza de atracción sobre los metales. También seduce e induce a consentir el mito de la llamada “transposición poética de la realidad”. El asombroso suceso postrero en la novela es la muerte del último retoño, del animal mitológico cola de cerdo que había de poner fin a la estirpe de los Buendía.:

Era un pellejo hinchado y reseco que todas las hormigas del mundo iban arrastrando trabajosamente hacia sus madrigueras por el sendero de piedras del jardín,

leemos al final de la obra, suceso enlazado con las diez últimas líneas que dan cuenta de la desaparición de la ciudad

arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos.

Todo esto se enmarca en el realismo mágico con la técnica inventada por el escritor colombiano. El no ha descubierto lo real maravilloso ni lo insólito, ni lo extraordinario sino la forma de contar. Por eso afirma: “A un escritor le está permitido todo siempre que sea capaz de hacerlo creer” Y a mayor abundamiento, agrega:

Esta reducción de lo maravilloso a nivel cotidiano que fue, por cierto, el gran hallazgo de la novela de caballería, tenía, además, la ventaja de resolverme al mismo tiempo el problema del lenguaje, pues lo que una vez fue verdad dicho de un modo, tenía que ser verdad cada vez que se lo dijera del mismo modo. Es decir, había que contar el cuento simplemente con el lenguaje con que lo contaron los abuelos. Usando el mismo método de mi abuela, escribí *Cien años de soledad*. (*Una conversación infinita*. Entrevista con M. Fernández/ Braso. Madrid, 1969).

García Márquez sostiene que la imaginación “no es sino un instrumento de elaboración de la realidad. Pero, la fuente de creación, al fin y al cabo, es siempre la realidad”. De este modo, quedan amalgamadas realidad y fantasía, y tal unión explica la esencia del realismo mágico, o de la “representación cifrada del mundo real”, como prefiere decir el propio autor.

Sirvan las escuetas referencias hechas hasta aquí para actualizar los fundamentos de la obra principal de García Márquez, dentro del descollante movimiento literario de los años sesenta. *Cien años de soledad*, a juicio de algunos críticos, dio un nuevo impulso a las letras hispanoamericanas y reavivó el interés de la gente común por la lectura, en español y en otras treinta y cuatro lenguas, entre ellas la hindi-urdu, descendiente directa del sánscrito en la que el manuscrito de Melquíades cifra el origen, la vida y muerte de Macondo.

Merecido homenaje

La Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua, en unión con la Academia Colombiana, decidieron hace dos años, en Salamanca, rendirle a García Márquez un homenaje con motivo de cumplirse este año de 2007 tres grandes acontecimientos en la vida del escritor: su octogésimo aniversario natal, el cuadragésimo de la publicación de *Cien años de soledad*, y el vigésimo quinto de la obtención del Premio Nobel de Literatura.

Se fijó como escenario de la solemne y merecida pleitesía el del IV Congreso Internacional de la Lengua, en Cartagena de Indias, núcleo del Caribe colombiano, en ceremonia realizada el 26 de marzo, en el Auditorio Getsemaní del Centro de Convenciones, ante dos mil quinientos invitados especiales, en presencia de los reyes de España, D. Juan Carlos y Da. Sofía, y del presidente de Colombia, D. Alvaro Uribe y su esposa.

El ex-presidente colombiano Belisario Betancur, los escritores Tomás Eloy Martínez, Antonio Muñoz Molina y Carlos Fuentes pronunciaron sendos discursos de regocijo y distinción. El presidente de la Asociación de Academias de la Lengua y director de la Real Española, D. Víctor García de la Concha, entregó a García Márquez el primer ejemplar de la edición conmemorativa de *Cien años de soledad*, obra que la Academia Boliviana de la Lengua y el Grupo Editorial Santillana tienen el agrado de presentar.

Edición conmemorativa

Esta edición de 609 páginas contiene una nota de presentación de la Asociación de Academias, una semblanza de García Márquez, escrita por Álvaro Mutis; un recuento testimonial del desarrollo de la obra, por Carlos Fuentes; un fragmento del magistral estudio de Mario Vargas Llosa, sobre la “edificación de la realidad ficticia”, cuya estructura y contenido disecciona, separa y recompone en una docena de indicadores básicos de la obra analizada, desde lo “real objetivo” hasta “lo fantástico”, para dictaminar que *Cien años de soledad* es “Una realidad total, la novela total”.

El artículo de Víctor García de la Concha, titulado “Gabriel García Márquez, en busca de la verdad poética”, pone atención en el tiempo y la soledad, claves que sujetan y rigen la vida de los hechos y personajes novelados, en la imagen poética del carácter circular de la historia, a la manera de encíclicas: “Historias que giran en redondo, dibujando el símbolo del círculo o espiral de la arrasadora soledad”. Otro estudio magistral es el que suscribe Claudio Guillén con el título “Algunas literariedades de *Cien años de soledad*”, en que el recientemente fallecido erudito español valora la fuerza expresiva del lenguaje, donde “va apareciendo tarde o temprano casi toda la

lengua castellana, claro que la escritura es abundante, pluriestilística y tiene muchos registros, pero siempre al servicio de una aventura prioritaria de la imaginación y sin interponerse entre ella y el lector”. Pedro Luis Barcia presidente de la Academia Argentina de Letras, brinda una visión panorámica de la novelística hispanoamericana, como antesala de la nueva narrativa. Juan Gustavo Cobo Borda rememora los primeros pasos del joven escritor en su entorno de amistades influyentes, como periodista y cuentista en Barranquilla y Bogotá.

El académico mexicano Gonzalo Celorio comparte su experiencia literaria en la lectura de García Márquez y las obras de la nueva narrativa. Sostiene: “Gracias a *Cien años de soledad*, América Latina por fin cuenta con su propia biblia...cuenta, en fin, con su *Quijote*, porque, como ocurre en la obra cervantina, el retrato de la realidad es más veraz e incisivo en la medida en que más generosos son los atributos de la imaginación del que la mira”. Se cierra la serie de estudios y comentarios con un breve ensayo de Sergio Ramírez en que el autor, tras una ordenada revisión de los componentes objetivos e irreales en la tradición novelística, llega a la conclusión de que lo que parecen mitos latinoamericanos como los que abundan en la obra de García Márquez, son atajos de la verdad: “Y lo único que hace la verdad en este caso es tomar un atajo”.

Un extenso glosario de palabras y locuciones comunes le ayudan al lector no colombiano, no caribeño, a lograr una cómoda lectura de la novela. El índice onomástico y el árbol genealógico de los Buendía facilitan la comprensión de las relaciones familiares y la identificación de los papeles que representan los personajes. Con el auxilio de los estudios y comentarios eruditos y los instrumentos auxiliares que ofrece esta edición, quien tome por primera vez en sus manos este libro tendrá la ventaja de recorrer sus caminos y senderos con buena guía. Y quienes la lean por segunda o tercera vez, pues obras como ésta son cantera inagotable, siempre contienen –a veces escondido –algo nuevo, algo que está más allá de las palabras y que sólo puede alcanzarse con la facultad imaginativa por ellas activada.

La mejor obra

“Gabo”, como le dicen sus amigos íntimos, como repiten sus fieles lectores y no pocos confanzudos que jamás le han leído, lanza a veces divertidas ocurrencias, como aquella de jubilar a la ortografía y reducir el alfabeto, que causó revuelo en el I Congreso Internacional de la Lengua, en Zacatecas, México, hace once años. Otras veces, sale con opiniones desconcertantes como el juicio de valor sobre *Cien años de soledad*, de la que ha dicho no es su mejor obra: “Literariamente hablando, el trabajo más importante, el que puede salvarme del olvido, es *El otoño del Patriarca*”. Lo ha repetido dos o más veces y se ha documentado en la estupenda entrevista que le hizo Plinio Apuleyo Mendoza, publicada con el título de “El olor de la guayaba”. También sostuvo en otra ocasión que su mejor novela era *El coronel no tiene quien le escriba*, pero, cuando lanzó la edición de *Crónica de una muerte anunciada*, cambió de opinión y dijo que ésta era mejor que aquélla. Otros piensan –y compartimos esta visión – que *Crónica...* es, en realidad, un relato periodístico en forma novelada, digno de tomar como modelo pedagógico del llamado “periodismo literario”.

Que García Márquez ponga por delante a *El otoño del Patriarca* puede ser: o una sincera, respetable e incuestionable elección del autor, o un recurso hábil para sondear

las preferencias de la crítica y de los lectores comunes en torno a su obra completa. A propósito de obra completa, no podemos omitir que, como bien ha hecho notar la crítica erudita, ella tiene como fondo, como tema central, el de la soledad. El autor está de acuerdo y dice: “Un escritor no escribe sino un solo libro, aunque ese libro aparezca en muchos tomos, con títulos diversos”.

Efectivamente, la soledad está siempre presente: en *La hojarasca*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *La malahora*, *El otoño del Patriarca*, *El general en su laberinto*, *El amor en los tiempos del cólera* y, obviamente, en *Cien años de soledad*. Por donde se vea, ésta es la mayor y la mejor obra de Gabriel García Márquez, y una de las más representativas de la literatura hispanoamericana, una epopeya de proyección universal. Por ser lo que es, se la ha reeditado como signo de la grandeza de su autor y testimonio de la devota admiración de críticos, estudiosos y lectores comunes que siempre encontramos en sus páginas algo novedoso y, a veces, algún retrato o algún episodio familiar.

Santa Cruz, Bolivia, 25 de mayo de 2007.